

que buscar el secreto de la felicidad en abrazarnos con Dios. ¡Oh bienaventurado abrazo de la criatura con su Criador! ¡Oh lazo de unión íntima en que consiste la verdadera religión! Porque, como ya dejamos expuesto, la religión abraza al hombre todo entero, uniéndolo con Dios no sólo con el entendimiento por la fe, sino con la voluntad por el amor y con todas las potencias por la sumisión perfecta de todas á la ley divina.

¿Qué felicidad, según esta doctrina, podrán prometerse los obcecados cristianos que, en medio de sus protestas de religiosidad, viven habitualmente alejados de Dios, reniegan de su amistad, sumidos por lo común en el abismo de la culpa? ¡Oh ceguera mil veces desgraciada!

10. Reconozcamos, diré para concluir, en este modo de apreciar la religión, tan general en nuestros días, aun en los países católicos, una de las más astutas y funestas tentaciones del infernal enemigo de la salvación.

¡Á cuántas almas arrastra á la perdición por este camino que parece derecho, y conduce definitivamente á la muerte! ¹ «El camino del necio», dice el Espíritu Santo, «es derecho á su modo de ver.» ² ¡Ilusión, nada más, hermanos míos muy amados! ¡Ilusión tal vez más temible que la irreligión abierta y descarada! Porque ésta, como tan monstruosa y absurda, alarma fácilmente á toda alma razonable y de rectos sentimientos, ¿qué digo? á toda persona honrada y cuerda; pero aquella religión superficial y de mera apariencia, religión fácil y cómoda, que no impone sacrificios de ninguna clase, ni santidad de costumbres, ni pureza de corazón, ni ejercicios de mortificación y de piedad, ni guarda de las leyes de la Iglesia, aunque en realidad no puede satisfacer á ningún espíritu sincero y desapasionado que busca la verdad religiosa, todavía á muchos que se empeñan en conciliar la luz con las tinieblas, en servir á

¹ Prov. 16, 25.

² Ibid. 12, 15.

dos señores, á Dios y á sus pasiones — y son tantos por desgracia — no deja de halucinar torpemente, haciéndoles creer ó figurarse que contentarán á Dios con actos de simple reconocimiento de su existencia, providencia y bondad, haciendo caso omiso de los demás deberes religiosos, cuyo cumplimiento se les hace poco menos que imposible. Y en este error y ceguera voluntaria, viven y se acercan al término de la vida con presunción temeraria, y si Dios en su misericordia infinita no les socorre con gracias extraordinarias, no merecidas por ellos, así mueren también, porque la muerte, como bien sabéis, es el eco de la vida, y lo que no se ha practicado durante la vida es difícil practicarle, ó practicarle bien, á la hora de la muerte. Temed, pues, cristianos, tan peligrosa ilusión y resolveos á abrazar la religión tal cual es por su naturaleza, con sus dogmas, con su culto, con sus sacramentos, con sus leyes sacrosantas, en una palabra, tal como la enseña y practica nuestra madre y maestra, la Iglesia católica, en cuyo seno hemos nacido y en cuyo regazo anhelamos exhalar el último suspiro. Así sea.

SEGUNDA CONFERENCIA.

La Religión irreemplazable.

Ego sum ostium: per me si quis intraverit salvabitur.

Io. 10, 9.

1. La religión práctica de que hemos hablado, no puede ser sino la cristiana. Es claro, hermanos míos, que una vez fundada y establecida por Cristo, Maestro y Redentor del mundo ¹, una religión de orden y carácter sobrenatural, que no puede dejar de ser verdadera y eterna, caducó ya la misma religión natural y cualquiera otra

¹ Io. 3, 2.

positiva, aun de origen é institución divina, como la mosaica¹. Es pues necesario el día de hoy profesar y practicar no una religión cualquiera, obra del capricho de algún iluso ó atrevido reformador, sino solamente la religión de Cristo, conservada fielmente, por obra de la Providencia, en el seno de la santa Iglesia católica, apostólica y romana. Cualquiera otro culto, siendo contrario ó por lo menos diverso del que Dios ha sancionado, no puede ser acepto á los ojos de la Divinidad, sino al contrario, tiene que serle ingrato y abominable, como falso y sacrílego.²

Y siendo esto así, amadísimos oyentes, que ninguna otra religión puede reemplazar á la cristiana, ¿cuánto menos podría sustituirla otra cosa cualquiera que no fuese religión, por buena que en sí fuese, otra virtud, otra institución, otro elemento civilizador?

2. Y sin embargo, tal es la pretensión de ciertos espíritus obcecados, aunque en su propio concepto más ilustrados que el resto de los hombres, que presumen poder pasar sin religión ninguna ó con la que ellos apellidan «religión de la humanidad», afirmando que basta para la perfección humana la probidad, la honradez, la filantropía, el civismo, y, como medios para alcanzar esta perfección moral, la educación, la ilustración, el sentimiento de la propia dignidad, el respeto social, etc. ¿No es verdad que estas ideas están harto generalizadas en nuestros días, entre cierta clase de personas que se creen superiores al vulgo, y esperan ver desaparecer, por obra de las luces del siglo, la vieja religión de nuestros cándidos mayores, la religión de la Edad Media?

Pluguiera al cielo, hermanos míos, que la luz de la verdad, que es el mismo Cristo³, iluminara esos espíritus deslumbrados con el brillo de la falsa ciencia, y comprendieran que la religión cristiana es eterna é irremplazable.⁴

¹ Io. 1, 17.

² Prov. 2, 32.

³ Io. 14, 6.

⁴ Hebr. 13, 8.

Para penetrarnos nosotros, aunque fieles á nuestras sagradas creencias, de esa importante verdad, y precavernos de los modernos errores, no tenemos más que considerar la religión en su doble aspecto, á saber, en el orden de la salvación ó de la vida futura, y en el orden de la vida presente. Es lo que vamos á hacer, contando con los auxilios divinos, en la presente conferencia.

I.

3. La religión, la vieja religión de nuestros padres, es necesaria para la salvación eterna; nada puede ni podrá nunca reemplazarla. Es la última palabra pronunciada por Dios sobre este asunto, como expresión de su voluntad omnipotente. «Quien creyere y fuere bautizado será salvo, quien no creyere se condenará.»¹ Nada más terminante ni más claro. No puedo menos de preguntarme, hermanos míos, ¿qué pensarán de la salvación los que pueden concebir tan absurdas ideas como esa de la salvación sin religión? ¿creerán ellos de veras en la inmortalidad del alma? ¿estarán persuadidos de la realidad de una vida ultraterrena, de premios ó castigos? ¿admitirán el dogma de la eternidad feliz ó desgraciada? ¿tendrán ideas fijas sobre la salvación y la condenación? No falta razón para dudarle y hasta para sospechar sin temeridad alguna que pretensiones tales como aquéllas no son sino el disfraz de una verdadera, aunque no franca, negación de la vida futura, de un racionalismo materialista que, si no resuelve negativamente la cuestión de la eternidad, la da por enigma irresoluble y, prácticamente, procede como si no existiese para el hombre otra vida más que la presente. Á quien pensase de este modo, habría que exponerle otra clase de verdades para traerle á buen camino, y está claro que no estaría en buena disposición de ánimo para aceptar la

¹ Marc. 16, 16.

doctrina que al presente exponemos. Pero huelga decir que tal modo de pensar es totalmente ajeno á la profesión cristiana; y hoy por hoy me dirijo á un auditorio compuesto exclusivamente de católicos.

En éstos, pues, es inconcebible la idea de que el hombre pueda obtener la salvación eterna por otro camino que el trazado por la religión.

4. En efecto, hermanos míos, ¿á qué otra cosa se ordena directamente la religión sino á la salvación del hombre? Me diréis que su objeto es glorificar al Criador, tributándole el culto que le es debido: enhorabuena, pero esta glorificación de la tierra ¿es acaso otra cosa que preparación y camino para la glorificación del cielo? Cuando elevando á Dios nuestro corazón y nuestras voces, decímosle con afecto de hijos: «Padre celestial, que vuestro nombre sea santificado», añadimos inmediatamente: «Que venga á nosotros vuestro reino, el reino de vuestra gloria». ¹ He aquí cómo el culto nos lleva al cielo, la oración del viajero es un suspiro de la bienaventuranza, la religión se ordena toda á la salvación eterna. No puede ser de otra manera, según toda la doctrina de las sagradas Escrituras. «Tenéis por fruto de vuestra vocación», decía el Apóstol á los primeros fieles, «la santificación de vuestras almas, pero por fin último, la vida eterna.» ² El sacramento de regeneración con que somos purificados del pecado en el bautismo no se confiere sino por la palabra de la vida. *Mundans lavacro aque in verbo vite.* ³ La piedad que abraza los sentimientos más delicados de la religión lleva consigo promesas de vida temporal y eterna ⁴; la herencia de los hijos de Dios se refiere de lleno á los bienes eternos ⁵; la corona prometida á los que salen vencedores en la prueba por el amor, es corona de gloria inmarcesible, *corona de*

¹ Matth. 6, 9.² Rom. 6, 22.³ Eph. 5, 26.⁴ 1 Tim 4, 8.⁵ Tit. 3, 7.

vida, como la llama el apóstol Santiago ¹; todo, en una palabra, cuanto encierra la religión, fe, esperanza, caridad, oración, sacramentos, ley divina, nos habla de la vida verdadera, único objeto digno de nuestras aspiraciones, único bien á cuyo logro debemos consagrar todas nuestras fuerzas, por cuya adquisición no debemos vacilar en sacrificarlo todo, hasta la misma vida. Es, pues, manifiesta la relación entre la salvación como fin, y la religión como medio: la una no existe sino para la otra. El fin no se conseguirá jamás sino por el único medio necesario.

5. En efecto, la religión no tiene otro fin que el de la Encarnación del Verbo, el de la aparición de Dios en la tierra para conversar con los hombres ² y enseñarles el camino de la bienaventuranza. «Para esto vine al mundo», afirmaba Jesús en el tribunal de Pilatos, «para dar testimonio de la verdad»; y la verdad era Él mismo ³, y la felicidad del hombre en la eternidad tiene por base el conocimiento de Dios Padre y de su Hijo encarnado que se llama Jesucristo ⁴. «No ha venido el Hijo del hombre», decía en otra ocasión, «para juzgar, sino para salvar el mundo» ⁵, y por mundo deben entenderse, como explica San Agustín, los hombres que lo habitan. Vino, pues, compadecido de nuestras miserias, á poner en salvo lo que había perecido: *Salvum facere quod perierat.* ⁶ «¿De qué clemencia te dejaste vencer», exclama la Iglesia arrebatada por la bondad de su Esposo, «que tomases sobre ti nuestros crímenes, y sufrieses inocente la muerte para librarlos de otra muerte?» ⁷ «Redimístenos, Señor, á precio de tu sangre», cantan eternamente los bienaventurados, «é hiciste de nosotros un reino para Dios, y reinaremos sobre la tierra.» ⁸ No es otra cosa la salvación que aquel

¹ 1, 12.² Bar. 3, 38.³ Io. 14, 6.⁴ Ibid. 17, 3.⁵ Ibid. 12, 47.⁶ Luc. 19, 10.⁷ In hymn.⁸ Apoc. 5, 10.

reinado eterno de la gloria en que todos, como reyes, ceñiremos corona inmarcesible, engolfados en un piélago de delicias inefables, inaccesibles á la humana inteligencia, superiores á los más vivos anhelos del corazón, tales y tan grandes que quedarán como embriagados de felicidad los dichosos comprensores. Ese reino ha conquistado Jesucristo nuestro Salvador, y lo ha conquistado no sólo para sí, sino para todos los suyos, para cuantos quieran seguirle por esa carrera triunfal de la cruz marcada con sus huellas, es decir, hermanos míos, para todos los verdaderos afiliados á la religión del Crucificado. Ya lo veis: la religión y la redención se identifican en el fin, la salvación del género humano. Luego así como «no hay otro nombre sino el de Jesús, debajo del cielo concedido á los hombres para que puedan salvarse»¹, así tampoco hay otro medio para conseguirlo sino profesar y practicar la religión de Jesucristo. Nada puede reemplazarla.

6. Por eso los heraldos de esta divina religión, al anunciar á Jesucristo á los hombres, lo presentaban á sus ojos con este carácter de Salvador, exhortando á las almas timoratas á la penitencia y al bautismo para alcanzar la remisión de los pecados y salvarse. «Sepa certísimamente la casa de Israel», decía San Pedro, «que Dios ha constituido Señor y Cristo á este Jesús que vosotros habéis crucificado. . . . Haced, pues, penitencia y bautizaos en el nombre de Jesucristo, para que se os perdonen vuestros pecados, y recibiréis el Espíritu Santo. Á vosotros se ha hecho esta promesa y también á cuantos quisiere llamar de regiones lejanas el Señor nuestro Dios.»² Así se estableció la religión en el mundo, como medio necesario para la salvación de las almas: así se reconocerá en el día postrero de los tiempos, cuando serán juzgadas todas las naciones por el mismo Jesucristo, como enseñaba á los judíos el

¹ Act. 4, 12.² Ibid. 2, 36 et sqq.

Príncipe de los apóstoles, y quedará restablecido el orden del universo trastornado temporalmente por los desórdenes del mundo prevaricador.¹ Ni ha sido otra la predicación de la Iglesia en el largo transcurso de diecinueve siglos, puesto caso que no tiene otro objeto su institución en el centro de las sociedades, y su vida providencial á través de las persecuciones de los mismos hombres á quienes quiere salvar de la eterna perdición. Desgraciadamente ellos no quieren comprenderlo hoy como siempre, como desde los primeros días de la predicación del Evangelio, verificándose lo que está escrito: «Amaron los hombres las tinieblas más que la luz.»² ¡Triste condición del hombre degradado! No creáis, hermanos míos, que para la religión haya otro asunto de más importancia que la salvación de las almas: para ella, hija del cielo, todos los intereses terrenales son cosa secundaria y de menos valer. Sus intereses son los de la gloria de Dios, los de Jesucristo, cabeza de los predestinados, los del pueblo de adquisición, conquistado por el Salvador del mundo para formar la corte del Padre celestial llenando las vacantes que dejaron los ángeles rebeldes. ¡Al cielo! ¡al cielo! nos grita de continuo la voz de la religión, como la del sacerdote en el altar: *Sursum corda* — ¡Arriba los corazones! y como el Apóstol que clamaba: *Quæ sursum sunt querite, quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram.*³ Poco importa que el hombre, cualquiera que sea, abuse alguna vez de la religión, como puede abusar de lo más sagrado, para el logro de otras miras de orden puramente humano, cubriéndose tal vez el rostro con la máscara de la religión para ocultar bastardas ambiciones de honor ó de riquezas; nada de esto podrá desfigurar la verdadera religión de Cristo, nada podrá despojarla de su divina misión de conductora de las almas á la bienaven-

¹ Ibid. 3, 21.² Io. 3, 19.³ Col. 3, 1 2.